

## **La familia**

Nací el veintiuno en primavera  
pero no sabía que nacer loca  
abrir la tierra  
podía desencadenar una tormenta.

Padre sin mancha y sin miedo, padre no escuchado, maravilloso compositor de cantos.

Padre sospechoso de amor, jurista loco, mi solitaria fatiga, némesis de mi vida, empleado de banco sin palabras, recaudador de mil laúdes. Padre de mi desesperación, que hiciste de mí una pura figurante.

Si te hubieras librado de esa muerte causada por el tabaco que tanto te degradó. Si pudieras verme en este momento aprisionada en la sábana híbrida del manicomio, tú, padre, morirías.

En cambio, duermes bajo las grandes hiedras y piensas lo mismo que Ser Bernardone:<sup>7</sup> que me he convertido en condesa, hija y dueña de palabras irrelevantes porque tú me

7 Pietro di Bernardone: uno de los comerciantes más ricos de Asís en el siglo XII y padre de Giovanni di Pietro Bernardone, que posteriormente fundaría la orden franciscana bajo el nombre de san Francisco de Asís.

enseñaste el árbol del conocimiento, tú me llevaste de la mano por las primeras hojas siendo niña.

Cuánto esperaste riendo a que te entregara el último boletín de notas de mi gran aprobado en poesía.

La mayor dualidad de mi vida fueron mi padre y mi madre. Yo, una hija que no encajaba en el medio, con un sexo que no me gustaba.

Intenté acercarme a la pobreza del dolor y ensayé innumerables veces. Yo era el centro del universo en su angustia. Pero sobre todo sentía que era su disparidad natural.

Nunca he visto a una mujer más bella ni más altiva que mi madre. En casa la llamábamos la montenegrina. Era alta, ligera y noble. Mi complejo de inferioridad comenzó precisamente por ella. Por esta mujer de rostro imperdonable, dotada de ese tipo de maldad que crece a la par que tú. Pero de una belleza casi inimaginable. La educación que nos daba mi madre nacía del terror que emanaba de su belleza. Era sólida y noble al mismo tiempo, rebosaba maternidad hasta lo inverosímil. Cuando reía, su rostro se llenaba de luces y sombras. Era absolutamente igual que la Mona Lisa. Pero más noble, más pecadora.

De niña, soñaba con una cosa: con no ser su hija. La timidez siempre me impidió declararle mi amor. Yo era una niña marginada. Una niña que no se relacionaba con nadie, una niña solitaria. Mi padre no hacía más que mirarme embozado, casi como si buscara en mí ayuda ante esa gran fuerza estelar que era mi madre.

N. seguía repitiendo que Alda Merini no tenía más valor que el de haber pasado por un manicomio. No podía seguir jugando así con el dolor. Alda Merini no tenía más valor que el de haber superado el manicomio. Y entonces, un día, le dije algo terrible pero cierto: «Ojalá tu hija corriera mi misma suerte». Nunca me lo perdonó.

Unas Navidades, mi madre me regaló una muñeca y me dijo que era un niño. Lo llamé Piero, no sé por qué. Sólo sé que Piero estaba siempre en mi mente y en mi corazón. La muñeca no se movía, así que era responsabilidad mía convertirla en mujer. Mi madre me cosía vestiditos para hacerla más femenina, pero aquello no me convencía. Después de seis años de cuidar de aquella muñeca yerma, un día le partí la crisma. Pero Piero no derramó ni una lágrima, ni se desangró.

Otro día aciago, treinta años después, de repente vi a una mujer del Naviglio tirar por el balcón a un bebé enfrente de mi casa. Pero ella tampoco consiguió matarlo.

Un chiquillo que se llamaba Angelo llegó a mi casa sin aliento y me dijo: «Señora Merini, yo nunca haría algo así». Le dije que se sentara y que me contara lo que le había pasado. Angelo me habló de las horribles torturas que había padecido en los manicomios. Pero yo no entendí nada. Fui a ver al auxiliar de psiquiatría y le pregunté cómo era posible que esa mujer, que nunca había mostrado signos de desequilibrio, hubiera hecho algo tan horrible. Y también por qué Angelo se había asustado tanto. El auxiliar me dijo: «Fue una crueldad de los médicos: esa mujer necesitaba

ayuda, pero la dejaron sola. Y él era la muñeca de Manganelli».

Del pobre Angelo no supe nada más. Sólo que otro día se metió en mi casa, también sin aliento. El portero lo vio y lo tiró escaleras abajo. Y así es como Angelo murió de verdad.

Oír que me llamabas mamá cuando estabas abajo en el patio, en el patio del canto.

Le dabas patadas a una pelota que sólo era tuya, porque eras lo bastante sabia como para volver a jugar con las chispas de la adolescencia.

Eso ya era abandonarme. Y yo no lo sabía.

Hace ya tres años que os espero, hijas mías, tres años largos e imposibles en los que el vacío de amor es la conciencia repentina de que hoy tampoco habéis venido. De ahí el miedo, de ahí la locura, de ahí el miedo a la locura.

Estoy firmemente convencida de que otros os han maltratado, de que otros os han maleducado. Y contra este tipo de disciplina errónea, insegura y jactanciosa, no tendría la más mínima piedad, ni humana ni legal. Quien se pone en el lugar de la auténtica madre es como si se pusiera en el lugar de Dios. Y entonces, brevemente, y de manera muy lacónica, os narraré las etapas de mi existencia, de mis dádivas personales y de mi pureza de madre. Porque cualquier cosa que os hayan dicho es mentira. Porque existe, hijas mías, una mentira cristalina y retráctil como la serpiente, que a veces los niños encuentran incluso divertida. Pero no

es más que una serpiente que se enrosca en el árbol de la vida. También vosotras habéis sentido sus punzadas, también vosotras habéis sentido el agudo deseo de abandonar a esta mentira que era el mismísimo diablo. Yo intenté salvaros con mi poesía.

Y tú, amo del mundo, no podías librarte de tu madre, que llevaba un fardo de amor en su doloroso seno.

Ese pesebre de deseo, ese fino confín de la rabia del parto, tú lo transformaste en dulcísima leche por los pecados de nuestra palabra. De modo que todo poeta tiene sed de un mar de color amaranto en el corazón siempre verde de María, que arde de tormento religioso.

El niño que se ha convertido en hombre es el que crea, el que es poeta, artesano, maestro. Todos los oficios del mundo son creación. Ese quid amoroso que el maestro introduce en la relación educativa es su creación personal. Amor significa creación y limitar su significado a «Te deseo» es una reducción.

En el amor del maestro hay un adiós silencioso al niño que avanza hacia la vida. Lo mismo ocurre con la madre.

Cada madre se despidе de su hijo en el momento del nacimiento y le da vida propia para que pueda convertirse en artista, pensador, creador, hombre.

Antes de entender las cosas, las conocemos de modo táctil, sensorial, para después expresarlas, en los versos del poeta, con el canto: una segunda sensibilidad que ataca embistiendo la esfera del espíritu.

El espíritu no es el alma. Si el alma es un depósito de pasiones, si la pasión se origina en el amor, es en el alma donde esta vuelve a morir, cegándola con la muerte. El alma insatisfecha muere por sí misma, pero el espíritu no satisfecho busca a Dios y, no siendo capaz de encontrarlo, a veces lo busca en la materia.

Sufrimos en este momento —y esto me lo comentó un taxista— de una congestión fálica del pensamiento.

El falo, el tótem, la religión onírica del hombre son el retrato de su fuerza. El yo es viril y si no es lo bastante viril, se inventa una virilidad.

Mi padre, que era tan tierno, lejano, devoto y ausente, tenía amantes imaginarias por todo el mundo, amantes de las que mi madre estaba muy celosa. Sentía un desdén increíble por los ladrones y los marginados. De corazón noble, señor de nacimiento, cultísimo a pesar de proceder de una familia numerosa, hizo todo lo posible por evitar que me casara.

De hecho, mi matrimonio no salió bien. Pero me lo había tomado como una pesada obligación social. También porque ninguno de los grandes hombres de mi pasado me había dado ningún hijo. Y yo quería uno con el primero que pasara. En cambio, mi marido me amó, y esto fue para mí un gran dolor, una gran vergüenza.

Una vergüenza y un dolor que he sufrido siempre, también delante de mis hijas.

Todavía hay gente que muere de amor. Y ante esta constatación yo enloquezco.